

Para no dejarse amargar  
P. Fernando Pascual  
4-12-2010

El padre abad estaba triste. Después de tantos y tantos ataques, insinuaciones, críticas, golpes bajos, pensaba que el mundo se había vuelto loco.

Volvió a su monasterio y fue un momento a la capilla. Allí abrió su corazón ante Jesucristo Sacramentado.

“Señor, buenas tardes. Perdona si vengo así. Pero es triste leer y escuchar a bautizados llenos de odio, amargados, rabiosos, vengativos, dispuestos siempre a acusar y a vengarse de sus hermanos.

Sé que Tú sabes cómo y por qué han llegado hasta esta situación. Sé también que Tú les amas y les buscas, aunque parece que reaccionan ante una mano amiga como si estuvieran deseosos de aprovechar la ocasión para morderla y para aumentar sus insultos y desprecios.

Me gustaría tener un corazón como el tuyo, manso y humilde. Pero me cuesta ver a amigos y compañeros atacados injustamente. No soy capaz de constatar que existen personas dedicadas con pasión a calumniar a personas buenas. No consigo comprender cómo hay hombres y mujeres que parecen ver en la Iglesia sólo perfidias y que sospechan incluso de aquellos católicos que pasan días y noches al lado de los pobres y los enfermos.

Es fácil, lo reconozco, reaccionar con dureza contra la dureza. A veces tengo ganas de levantar mi voz para responder a ironías hirientes, para decirle a éste o al otro que cuando quiera puedo recordarles sus no pocos trapos sucios.

Pero, ¿ganaría yo algo con un acto de venganza? ¿No quedaría derrotado si usase contra un pobre hermano mío, quizá simplemente víctima de una enfermedad psicológica o de males que no puede descubrir por su ceguera interior, modos de respuesta llenos de desprecio?

Por eso, sólo me queda ofrecerte hoy mi pena y pedirte tu gracia para no dejarme amargar. Sabes que en mi dolor hay un poco de orgullo herido. Todavía no soy capaz de encajar golpes que llegan sobre todo de quienes antes fueron amigos. Sabes que me duele, sobre todo, ver cómo desprecian a compañeros, a padres y madres de familia honestos, a sacerdotes y religiosos buenos, a obispos, al mismo Papa.

En esta tarde te pido que me ayudes a ver más allá de las palabras duras. Quienes las pronuncian tienen un corazón herido. Y por ellos también Tú moriste en el Calvario. Ayúdame a perdonar y a responder, ante tanto odio, con un gesto sincero de perdón enamorado”.